



1990

D. Salvador Sandoval López

Creo recordar que fue en el año 1983 cuando, por vez primera, se pronunció un pregón que sirviera a la vez de pósito y exaltación de nuestra Semana Santa. Tuve la suerte y el honor de ser el primer pregonero y tuve así ocasión de enaltecer el fervor, la religiosidad y el arte de nuestros desfiles pasionarios y repetir, una vez más, que estos cielos, estas calles, la transparencia y luminosidad del aire, son marco apropiado, único, para nuestras procesiones.

Recuerdo también que, en años sucesivos, otras personas, con sus pregones, ensalzaron igualmente el milagro renovado de Amor y de Pasión en estos días santos y entrañables.

Éstos son sus nombres:

Año 1984.- D. Luis Martínez Mármol, párroco de Las Torres de Cotillas.

Año 1985.- D. Vicente García Hernández, párroco, en su día, de esta iglesia.

Año 1986.- D. Juan Baño Hernández, ilustre hijo de esta población, ya fallecido y, al parecer, olvidado, a pesar de sus muchos méritos.

Año 1987.- D. Antonio López Belchí, sacerdote, hijo de este pueblo.

Año 1988.- D. Juan Fernández Marín, sacerdote y periodista.

Año 1989.- D. José López Yepes, torreño, catedrático de la Universidad Complutense.

Desde aquí también nuestro agradecido recuerdo para D. Rafael Fernández Herrera, máximo impulsor de nuestras procesiones en los años difíciles de la posguerra.

Este año, una representación de la Unión de Cofradías vino a verme con la extraña pretensión de que, por segunda vez, pronunciara el pregón de la Semana Santa. Y la razón de más peso que aducían era ésta: Tú has publicado un libro de versos este año y forzosamente tienes que ser tú el pregonero. En verdad, la razón no resultaba muy convincente. En vano les expliqué mis problemas de salud, que no me encontraba bien. ¡Eso sí!, noté que ellos tenían cierta dificultad para encontrar el pregonero de este año.

Y fue entonces cuando pensé: Nuestra simpar Dolorosa, portento de luz y de hermosura; nuestro Padre Jesús Nazareno, con su melena al viento y sus rosas de sangre y de martirio... ellos no podían quedarse sin su pregón. San Juan, con su cara de ángel y su palma en la mañana azul... La mujer Verónica, con el rostro ensangrentado de Cristo entre las manos. El Crucificado, cuyas rosas trepadoras han querido subir hasta su rostro y lo besan amorosamente en la hora de su agonía... La Piedad, con el Hijo muerto en su regazo, que parece decirnos: ¡Oh, vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y ved si hay dolor semejante a mi dolor!. Cristo Resucitado, Señor del Domingo, Rey inmortal del Cielo y de la Tierra, la flor más hermosa de la primavera... ellos no podían quedarse

sin su pregón. Un pregón más o menos brillante, más o menos sencillo. Y el pueblo, Las Torres de Cotillas, tierra de la luz y de las palomas (siempre hay palomas en nuestros cielos)... los torreños, las hermandades, las cofradías... Tenía que hacer el pregón. Por eso estoy aquí y comparezco nuevamente ante vosotros, con el riesgo de que alguien pueda pensar: "Pues este hombre siempre está en medio".

Los días en que se conmemora la Pasión y Muerte de Jesús son sagrados santos. Lo decimos sin apenas darnos cuenta: Jueves Santo, Viernes Santo... Son días serios, trascendentes, días propios para la meditación, para volver sobre uno mismo y echar un vistazo a su propia existencia. Si observamos atentamente a nuestro alrededor notamos que algo cambia en nosotros durante estos días. Cambia la expresión de nuestro rostro, ahora más triste y apenado, espiritualizado, más grave, reconcentrado, con cierto aire de melancolía, como preocupado. Y en nuestros ojos se enciende una llama de ternura, de amor y misterio. Y es que, de ordinario, los ojos con que miramos y la mente con que pensamos son los ojos y la mente de la sociedad de consumo. Estamos atrapados sin remedio por el deseo de confort, de bienestar, de placer. Y sólo tenemos ojos para el último modelo de electrodomésticos y el último grito de la moda. Y aquí metámonos todos y sálvese el que pueda. Porque coche ya tenemos. (El Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza). Nosotros no tenemos necesidad de pensar porque todo nos lo dan pensado. Nosotros no tenemos necesidad de hacer cuentas, pues de eso ya se encarga el ordenador. Y ¡vaya si se cumple lo que dijo cierto niño!: En mi casa, a partir de las siete, sólo habla la televisión. Ni padre, ni madre, ni abuelos, ni hijos. Allí no habla nadie, solamente la "caja tonta", la tele que, en vez de informar, deforma; en vez de educar, embrutece; en vez de construir, destruye; en vez de servir de ejemplo, escandaliza, con sus reiterados temas de violencia, asesinatos, atracos, violaciones, sexo, burlas contra la religión,...

Habíamos quedado en que coche ya tenemos. Y así, una inmensa caravana dura, insensible y estridente, ruge por todas las autopistas y carreteras, inunda las ciudades, los pueblos y los caminos. Los coches son los amos del mundo, los dueños absolutos de la tierra. Cual si de una plaga de langosta se tratara, nada escapa a su voracidad. Todos a correr, nerviosos y malhumorados. La prisa, el estrés, los accidentes, los muertos. Y ¿hacia dónde nos dirigimos, inmersos en tan desenfundada carrera? Vaya usted y pregunte. Pregúnteles. Con toda seguridad, la respuesta sería una lluvia de cláxones e improperios, de insultos y voces agresivas. Tal vez algún conductor se dignara contestar y decirle poco más o menos: "¡Eh, usted, apártese!".

En el camino, ¡alerta!
si no, te pisan.
Unos llevan bocina.
Otros, ni avisan.

Y cuántas veces, para desgracia nuestra, los maravillosos coches se convierten en un ataúd para el hombre, un ataúd caro y lujoso pero sangriento e inesperado.

Y es que no pensamos porque ya piensan por nosotros. Bailamos al son de la música que nos tocan. No reflexionamos, no razonamos. Lo nuestro es correr. No nos formulamos las grandes, transcendentales preguntas que el hombre debe plantearse. Vivimos en la corteza, en la superficie. No ahondamos en el sentido y en el misterio de nuestra propia vida. De ahí la importancia de estos

días de Semana Santa, tan propicios para la meditación y el recogimiento.

Ya el Miércoles de Ceniza se nos da un toque de atención, un aldabonazo, un amargo recordatorio que nos hace temblar: "Acuérdate, hombre, que polvo eres y en polvo te vas a convertir". Tú, joven, que montas esa preciosa "Honda" y que intentas ganar no sé qué carrera. Tú, hombre, que luces ese impresionante "Mercedes" con el que quieres llegar lo antes posible a no sé qué destino. Nosotros, todos los que pasamos por el asfalto de la vida, con el motor a tope de revoluciones, levantemos el pie del acelerador, pisemos, por favor, el freno, detengámonos aunque sólo sea un momento y escuchemos las terribles, verdaderas palabras del Miércoles de Ceniza: Ten presente que de la tierra has nacido y a la tierra habrás de volver.

El espejo de los hombres
es un espejo de tierra.
¡Anda, mírate al espejo, hombre!
Veas lo que veas,
Nunca lo rompas, amigo.
Es de tu propia materia.

Si consideramos nuestra existencia bajo un prisma puramente materialista, habría que darles la razón a los que dicen: ¿Para qué pensar en la muerte? Ya se encarga ella de pensar en nosotros. Comamos y bebamos porque mañana moriremos. Si nuestra existencia acaba con la muerte habría que darles la razón a los que afirman que el hombre no es más que un tubo abierto por los extremos.

Pero en el Génesis leemos que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza. El ser humano, con su cuerpo de barro y su alma inmortal, es precioso a los ojos de Dios. Y fue tan grande el Amor que nos tuvo, que entregó a la muerte a su propio hijo. Y Jesús, el hijo de Dios, aceptando plena y voluntariamente el cáliz de la Pasión, no dudó en derramar hasta la última gota de su sangre por nosotros. Y así, donde abundó la culpa, sobreabundó la gracia y la misericordia. Si pensamos, descubriremos que la vida del hombre y la creación entera, la redención y nuestro último destino, son un milagro, un misterio de Amor. Y ¿qué es la Semana Santa sino un milagro de Amor y de salvación?

Y fue precisamente en Primavera, cuando resucitan los almendros y, con el nuevo sol, despiertan de su letargo invernal las humildes bestezuelas del campo; cuando regresa la golondrina de su viaje africano, y el cielo es un concierto de pájaros, y un diluvio de pétalos del viento. En Primavera, cuando visten los naranjos racimos purísimos, las más finas esencias cuando bajan las vírgenes al valle y cuelgan de las ramas sus rosarios blancos, sus lámparas de nieve, sus lirios sin mancha; cuando llegan las novias a estrenar sus vestidos nupciales, sus ramos de azahar para la boda. Cuando el limonero es un altar en Jueves Santo, con sus hostias, sus cirios, sus manteles de lino, su incensario. Y recitan los salmos los pájaros cantores. Y el mismo Dios camina, bajo palio, por las sendas del huerto, sobre un tapiz de flores y de aromas...

Fue en un viernes de Abril, el viernes del Amor y del Dolor, el viernes de la muerte y de la vida, cuando Cristo se abrazó a su Cruz, el Cristo de la sangre y los azotes, un Cristo exhausto, vacilante, encorvado, humillado y escupido, condenando desde el trono de oro de la humana justicia. Pilato se lavó los anillos con agua perfumada y lienzos de bordados imperiales, mientras enviaba la Inocencia al patíbulo, mientras enviaba al Justo a una muerte ignominiosa.

Viernes Santo. Es una luz distinta. No sé qué tiene el aire, de qué rosales llega, de qué jazmines. Hay un tropel de aromas por las calles, como si aquí hubieran florecido los jardines del mundo y, en Las Torres de Cotillas, se hubieran abierto todos los claveles de Abril. Es otro el Sol que en el agua y en los árboles. Aspiro la fragancia de las huertas en flor, agobiadas de menta y hierbabuena. Y aquel olor a tierra, a calles rociadas. Un cielo purísimo, como un diamante, llena de espejos las casas y el asfalto. Un hondo latir estremece el espacio, el latido insondable y único del Viernes Santo. ¿Qué corazón se esconde en la entraña del viento? Un corazón inmenso, un Amor infinito, el corazón de Dios. Las motos hoy no embisten. Hacen ruido. Y, en su guarida, duermen los tractores. La mañana tiene la transparencia, el colorido y la dulzura de un caramelo. Recuerdo tu figura, Señor, la túnica morada, las espigas de oro, los racimos bordados. Te acercas esplendente, sobre tallos de luces, florecillas de tela y un ritual de cirios y de incienso. Te han puesto sobre un trono de tablas barnizadas, de rústicos maderos, de crujientes y toscas purpurinas. Una rosada lluvia de amarillos, pintando caramelos, derrama en mis labios el licor de la fresa y la manzana. Yo te veo surgir, Jesús Nazareno, como te veía allá, en los valles de mi infancia, sobre el barro entrañable de las calles. Te veo como algo sobre natural y luminoso que se acerca, con los ojos profundos, con las mismas espinas y la sangre de siempre, más brillante que el Sol, el mejor de los hombres. Duelen los ojos de tanta luz. Y llora el pueblo, y reza y se santigua mientras te alejas lentamente, Jesús Nazareno, por el Sol.

El manto de la Virgen de los Dolores es de terciopelo azul con bordos de oro y adornado de estrellas. El manto de la Virgen parece un anochecer de verano. Su rostro bellissimo, impresionante, A sus ojos, manantiales de lágrimas, se asoma un dolor inmenso, una tristeza infinita. He aquí la esclava del Señor. E inexorablemente, se cumple la vieja profecía: una espada traspasará tu corazón. Sus ojos, manantiales de lágrimas, los ojos de todas las madres. Pero nadie lloró tanto porque nunca madre alguna tuvo muerto en sus brazos un hijo tan perfecto, tan santo, tan amoroso, como Jesús.

He aquí helados, cristalinos,
Sobre el virginal regazo,
Muertos para el abrazo
Aquellos miembros divinos.
Huyeron los asesinos.
¡Qué soledad sin colores!
¡OH, Madre mía, no llores!
¡Cómo lloraba María!
La llaman, desde aquel día,
La virgen de los Dolores.

Tú también estabas, emergiendo del sol y de las luces en aquellas procesiones, cuando la matraca se desvencijaba con sordos quejidos en lo alto, y mi madre, enlutada y llorosa, cubiertas sus arrugas con el negro satén de su pañuelo, apretaba mis manos porque no me perdiera.

Ahora pasas deslumbrante por nuestras anchas calles, ataviadas de jardines y faroles, entre casas de mármol y vestidos de lujo. Hoy viven nuestras procesiones días de gloria y esplendor. ¡No nos faltes nunca en la clara mañana del Viernes Santo! ¡No faltes nunca, virgen Dolorosa, a la cita con tu pueblo, a la cita de las lágrimas en la esquina del sol.

¡Viernes Santo! ¿Eres tan sólo farol y palma, trono y túnica, clavel y cirio, imagen hermosa, un manto azul, y el tercio de romanos y el tercio de manolas? El Viernes Santo es algo más, es el día

de la sangre derramada por nuestra redención. Sus flores son flores de martirio. Los faroles tiemblan de pena, lloran en silencio los cirios, y las imágenes son un recuerdo del Cristo agonizante que, en otro Viernes Santo, regó con su sangre las piedras de otras calles y otros siglos.

Siempre es Viernes Santo. Cualquier calle puede ser la calle de la amargura. Cualquier hora puede marcar las tres en el reloj del Calvario. El camino de la Cruz, por todos los caminos del mundo. Un hombre acaba de morir, aplastado por la misma sociedad que le vio nacer. No preguntes su nombre. Quizás agoniza en un hospital, abandonado por todos: o en un Psiquiátrico se extingue como un árbol inútil; quizás acabó en un accidente automovilístico o sofocado en una mina; quizá muere de hambre; quizá de tristeza. Quizás muere en una guerra preguntándose por qué. Carreteras de la amargura o de la locura, asfalto rojo, muertos de la prisa, legiones de muertos, ¿quién os llora? Y los hombres que pasan no entienden. Campos de la amargura, hombres asesinados en las cunetas. Nadie llora. Granada de la amargura. Suben del Genil el cadáver de una niña recién nacida. Nadie llora. Dime, niña, ¿quién llorará por ti? (Tal vez el Genil se alejó llorando al Guadalquivir) no gastemos tiempo en bajar banderas, en lucir crespones, en saber su nombre para la esquela, en tejer coronas (que vale más una lágrima que todas las flores). Ha muerto un hombre. Ha muerto un niño. Y basta. ¿Hasta cuándo el hombre seguirá talando bosques para hacer cruces? Sólo una cruz nos basta. Sencilla, sin añadidos ni ornamentos, que se vean desnudos los maderos. Haz me una cruz sencilla, carpintero.

¡Lo que pesa esta Cruz! Jesús, cargando con su cruz, salió para un lugar llamado la Calavera. Y, para siempre, todas las cargas, todos los fardos, todo lo que pesa, tiene su símbolo en esa cruz de Jesús. La cruz de los harapos del niño que pide, en su lata, la comida de perro. La cruz del sillón donde se crucifica al paralítico. La cruz del hambre. La cruz del amor, la cruz del odio, la cruz del cáncer, la cruz de la agonía.

Tres clavos para un rey. Jesús Nazareno Rey de los Judíos. ¿Luego tú eres Rey? Tú lo has dicho. Yo soy Rey. Lo que he escrito, escrito está. Le bastaron tres clavos, una corona de espinas, un trapo roto como manto de púrpura para sus hombros, y un cetro de caña.

Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, al cual requirieron para que llevase la Cruz. "El odio había arado con furia su cuerpo, dejándolo hundido bajo la Cruz, pero no vencido. Contemplemos al eterno trío humano: el verdugo, la víctima implorante y el testigo neutral. Parécenos oír la Cirineo las excusas y pretextos de siempre: yo soy un honrado trabajador, que sólo vivo para lo mío. Vengo del campo y voy a mi casa. Dejadme a mí de líos. Cada uno en su casa, y Dios en la de todos. ¿Por qué meterme a mí en esto? Eso, a mí, ¿qué me importa? Mira lo que ha ganado ése por meterse a profeta y enmendar la plana a los sacerdotes. No quiero complicaciones con la Justicia. Ni que mancillen mi reputación al involucrarme delincuentes y gentuza, yo, que ni robo ni mato. Allá la policía, que para eso cobran. "Pervive tal actitud farisaica de no querer "mojarse" en los problemas del prójimo, cruces abrumadoras para los hombros de los demás sin arrimar nosotros siquiera un dedo de alivio.

Un hombre, de nombre José, se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Tras tu espalda, Señor, se ha cerrado la puerta de la vida. Ya clinó tu día, y tu existencia de hombre, como una más, ha rendido ruta en oscuro rincón del planeta. Ya sabes qué es ser hombre por propia experiencia a salir del vientre de una madre, un día, para apurar un vino de amargura y sufrimiento, y naufragar, al fin, en una pleamar de muerte sin remedio. Ahora Señor, el Universo todo, como un río, se llega en la tarde del viernes santo hasta ese monte calvario, y, callado, se asoma a la presencia de tu carne fría, para ver los perfiles de todos los dolores, de todas las derrotas. Muerto el grano, como cumplía. Y el camino del surco de la tumba está ahora henchido de promesas de una vida mejor, de una vida sin muerte y sin angustia, en la que el hombre no sufra la injusticia.

“Tomando el cuerpo de Jesús, lo puso en el sepulcro y rodó una piedra a la entrada del sepulcro, y se marchó.” Así se selló antaño la fosa de los leones en la que fue arrojado el profeta Daniel. “Echaron a Daniel a la fosa y trajeron una gran piedra y la pusieron sobre la boca de la fosa; y la selló el rey con su anillo y con el anillo de sus ministros para que nada pudiera intentar a favor de Daniel”. Parecía que todo había terminado. Corrieron una piedra grande y se marcharon. Aquella tarde parecía que la voz del profeta de Nazaret quedaba silenciada para siempre por el peso de una piedra. Un día sucedió con Daniel, otro, con Jesús, y hoy, con los más débiles. Sobre ellos cae la piedra del silencio, la piedra del egoísmo y de la indiferencia la piedra del olvido. Sin embargo, sobre la tumba de Jesús, ángel puedo escribir con letras de oro el siguiente epitafio: Este es Jesús que, resurgido de la muerte, anunció a los hombres su propia resurrección”.

Cruz ensangrentada del calvario; sencillas cruces de las ermitas, con los brazos abiertos como palomas; cruces de nuestro cementerio, que os alzáis sobre las tumbas de nuestros padres y nuestros abuelos. Vosotros sois la única esperanza, el único grito de victoria sobre la muerte; la única señal de resurrección y eternidad, la única luz que alumbra la noche de la muerte en medio del silencio y del abatimiento de todas las tumbas, se siguen oyendo las palabras del Profeta Ezequiel: “Esto dice el señor, Dios: Mirad, yo abriré vuestras sepulturas y os sacaré de ellas”.

Quiero terminar con un precioso soneto de Rafael Sánchez Mazas, a Jesús Crucificado:

Delante de la cruz, los ojos míos
Quédenseme, Señor, así mirando,
Y, sin ellos quererlo, estén llorando,
Porque pecaron mucho y están fríos.
Y estos labios que dicen mis desvíos
Quédeseme, Señor, así cantando,
Y, sin ellos quererlo, estén rezando,
Porque pecaron mucho y son impíos.
Y así, con la mirada en Vos prendida,
Y así, con la mirada prisionera,
Como la carne a vuestra cruz asida,
Quédeseme, Señor, el alma entera,
Y así, clavada en nuestra Cruz de mi vida,
Así, señor, cuando queráis, me muera.